

“SOPLÓ SOBRE ELLOS Y DIJO: 'RECIBAN EL ESPÍRITU SANTO'”

Homilía de monseñor Carmelo Juan Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia, para el domingo de Pentecostés (11 mayo 2008)

Jn 20, 19-23

1. La lectura del Evangelio (Jn 20,19-23) narra lo acontecido en la tarde del primer día de la semana en que Jesús resucitado se mostró a sus discípulos. Advertimos en ella varios elementos: a) los discípulos se encontraban con las puertas cerradas por temor; b) Jesús se aparece y les da la paz; c) les muestra sus manos y su costado; d) los discípulos se llenan de alegría; e) Jesús los envía como el Padre lo envió a él; f) sopla sobre ellos y dice: 'Reciban el Espíritu Santo'; g) les da poder de perdonar los pecados. En esta solemnidad de Pentecostés, nos detendremos sólo en tres puntos: el temor de los discípulos, la alegría por reencontrarse con Jesús y la recepción del Espíritu.

I. EL TEMOR DE LOS DISCÍPULOS

2. *“Los discípulos se encontraban con las puertas cerradas por temor a los judíos” (Jn 20,19).* Jesús, en quien ellos habían puesto la esperanza de que liberaría a Israel de las manos de los dominadores romanos, había fracasado estruendosamente, muriendo en cruz como un malhechor. Y ellos, que lo habían seguido públicamente, quedaron en ridículo. Siguiendo a Jesús, aparecían como enfrentados al poder religioso judío y al poder político romano. ¿Cómo no tener miedo? Mejor encerrarse y que la gente los olvide.

3. El miedo es la situación de quien se encuentra solo en una situación difícil no experimentada antes. El niño, sin la madre, en la oscuridad. Cualquiera ante la inminencia de una amenaza presentida pero todavía desconocida.

4. Los cristianos no estamos exentos del miedo. Lo sentiremos siempre que nos encerremos en nosotros. Por ejemplo, cuando confundimos nuestras fantasías sobre el Reino de Dios con el Reino anunciado por Jesús. Las primeras suponen que el Evangelio irá de triunfo en triunfo. La verdad es que *“hay que pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios” (Hch 14,22).*

II. LA ALEGRÍA DE LOS DISCÍPULOS

5. *“Los discípulos se llenaron de alegría cuando vieron al Señor” (Jn 20,20).* La alegría es todo lo contrario del miedo. Es la reacción del corazón ante la presencia del ser amado. Con él todo se vuelve luz. ¿Cómo, entonces, no se alegrarían los discípulos al ver al Señor? El Nuevo Testamento asocia la alegría a la presencia del Espíritu Santo. Se trata de la alegría del corazón, que lo serena e induce a enfrentar las dificultades por vivir según el Evangelio. Es la serenidad prometida por Jesús: *“Cuando los entreguen, no se preocupen de cómo van a hablar... Porque no serán*

ustedes los que hablen, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará en ustedes” (Mt 10,20).

6. A esta luz, deberíamos revisar la catequesis y predicación que impartimos. Que en ellas estuviesen ausentes el anuncio que Jesús hizo de la tribulación por el Reino, o la asistencia prometida del Espíritu Santo, o la alegría de sufrir por Cristo: serían omisiones graves, pues fomentarían el miedo los cristianos.

III. LA MISIÓN DE LOS DISCÍPULOS Y EL SOPLO DEL ESPÍRITU

7. El tercer elemento a considerar es la misión que Jesús les encomienda a sus apóstoles: *“Como el Padre me envió a mí, Yo también los envió a ustedes” (Jn 20,21).* Una misión humanamente imposible. Ante ella los apóstoles se encontraban como los huesos humanos resacos, de la visión de Ezequiel que leímos ayer. Necesitaban del soplo que Dios prometió: *“Yo voy a hacer que un soplo penetre en ustedes, y vivirán” (Ez 37,5).* Por eso Jesús hizo el gesto del soplo, que es señal de respiración y de vida: *“Sopló sobre ellos y añadió: ‘Reciban el Espíritu Santo’” (Jn 20,22).*

8. Causa alegría ver el eco que va teniendo el documento final de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano, en Aparecida, dedicada al tema fundamental “Discípulos y misioneros de Jesucristo”. Son dos dimensiones inseparables del cristiano. Hemos de querer ser cada día más discípulos de Cristo, pues nunca lo seremos del todo. Y, simultáneamente, hemos de querer ser más misioneros. La fe recibida es para compartirla.

9. Limitados como somos, los cristianos corremos el peligro de subrayar una dimensión y olvidar la otra. Épocas hubo en que el cristiano se refugiaba en su interioridad, olvidando testimoniar su fe en la vida de cada día mediante una conducta social coherente con ella.

Hoy corremos el peligro contrario: pensar que ya somos suficientemente discípulos y que lo que importa es que seamos más misioneros. Y que para ello urge perfeccionar los instrumentos de difusión del Evangelio. Esto es necesario. Pues no siempre se distingue entre un encuentro catequístico y una clase de religión, o no se sabe hacer la lectura litúrgica, o no se conoce la estructura de una homilía, o se desconoce la Doctrina Social de la Iglesia. Pero todo ello será insuficiente. El misionero necesita ser siempre más discípulo. Y esto se logra sólo por el Espíritu de Jesús, que se recibe primeramente en la oración, como en el primer Pentecostés: *“Se dedicaban a la oración, en compañía de algunas mujeres, de María la madre de Jesús y de sus hermanos” (Hch 1,14).*

Mons. Carmelo Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia